



*si uno es bueno...
el otro es mejor!*

SOLO GARVEY SUPERA A GARVEY

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

CATOLICOS y protestantes estamos muy engañados sobre nuestras mutuas creencias.

Es una realidad ésta, de la que debemos partir, reconociéndola, unos y otros, con toda sinceridad.

Hace poco he recibido una carta de un lector de *Línax* que me echa en cara, al hablar de los grupos protestantes españoles, que no les llame a todos «sectas», y que me haya olvidado de decir lo más importante: que ningún protestante «da a la Virgen María el título de Madre de Dios».

Esta carta revela un defecto, en el que todos caemos, y más en nuestro país: que todavía no hemos hecho el esfuerzo que nos ha pedido el Concilio de conciernos mutuamente —católicos y no católicos— con lealtad, y buscando, como pedía Pablo VI, «más lo que nos une que lo que nos separa».

Si lo que diga el Concilio, o lo que diga el Papa, se echa en saco roto, entonces nos estamos haciendo un catolicismo a nuestra medida, como desgraciadamente creo que está ocurriendo a veces.

Pues bien, se me ocurre leer la Constitución de Ecumenismo, aprobada por el Concilio, y por el Papa, y no encuentro por ninguna parte la palabra «sectas», refiriéndose a los protestantes, sino que a estos grupos los llama siempre «iglesias» y «comunidades eclesiales». Por tanto, deberíamos los católicos, si somos respetuosos con la doctrina oficial de la Iglesia, usarla más ampliamente, y no caer en el vicio del «libre examen», que tanto echamos en cara a los protestantes; y en el cual caemos nosotros sin hacer caso, cuando no conviene a nuestras ideas particulares el recordar lo que es doctrina oficial y actual de la Iglesia, que es la única que realmente nos obliga hoy.

Respecto a la Virgen, veo que los grupos protestantes en general (y para eso me he leído las obras más usuales entre ellos en España, aparte de las escritas por los principales teólogos reformados extranjeros) defienden la «virginidad de María». Lo recomendaría a mi lector que leyera «Doctrina Cristiana», del teólogo bautista W. T. Conner, o «Amor y Verdad», del monje calvinista Max Thurian, y lo viera, igual que yo, escrito en esos libros. Por otro lado, los dos reformadores, el alemán Lutero y el suizo Zwinglio, afirmaron en su época que «María es la Madre de Dios»; y el segundo pronunciaba, después de la separación de la Iglesia católica, sermones en alabanza de «María siempre Virgen, Madre de Dios». Calvino, aunque no le gustaba el empleo de tal título, por algunas posibles malas interpretaciones que podían darle los incultos, sin embargo, explicaba que María fue Madre de Jesucristo-Dios. Y si vamos a lo que hoy se dice, ya he citado a Thurian, que afirma rotundamente la maternidad divina de la Virgen María, igual que otros varios protestantes.

¿Quiere esto decir que algunos protestantes no nieguen a la Virgen estas prerrogativas? Varios de ellos sí las niegan, pero ni todos, ni la mayoría, ni los más ortodoxos, ni tampoco los más tradicionales. Por eso no se puede afirmar, porque es falso dicho en forma absoluta, que los protestantes niegan la virginidad o la maternidad divina de María.

TODOS nos podemos equivocar, y de hecho nos equivocamos muchas veces; y por eso no debemos decir lo que es sólo rutina, ideas recibidas o prejuicios, que dañan grandemente a la verdad, la cual siempre es difícil de alcanzar y que los hombres mezclamos con muchos errores.

Lo que sí es cierto es que casi todos los protestantes nos dicen a los católicos que nuestra Iglesia es una degeneración del auténtico y verdadero cristianismo. Unos llegan, incluso, a exacerarla totalmente; de la misma forma exagerada que nosotros, a veces, los estigmatizamos a ellos sin apelación posible. Otros, en cambio (y cada vez se hacen más numerosos), siguen la idea de Calvino de «que no se niega que las Iglesias sobre las que domina el Papa con tiranía, sean Iglesias legítimas». Ellos aceptan el catolicismo como una Iglesia más, pero combaten determinados aspectos suyos, igual que combaten a otros grupos protestantes, que no piensan como el suyo concreto.

Pero, unos y otros, creo que coincidimos en afirmar que la Iglesia católica tiene la pretensión de ser la única universal. De tal modo que los católicos les decimos a los protestantes que en nuestra Iglesia encontrarán todo lo bueno que ellos poseen, perfeccionado y desarrollado, sin caer en algunos defectos fundamentales en que creemos que ellos caen. El padre Luis Bouyer, que fue pastor luterano y teólogo notable entre ellos, al convertirse al catolicismo hace años en París, publicó un libro titulado «Del Protestantismo a la Iglesia», en el que confiesa que esa misma fue su experiencia al hacerse católico.

En realidad a mí me parece, como dijo hace unos años el Sínodo de la Iglesia Reformada Holandesa, que todo proviene de una concepción distinta que ellos y nosotros tenemos del hombre. La Iglesia católica confía en el ser humano; no cree, como pensaba Lutero, que está radicalmente viciado; sino que, por el contrario, sin caer en ingenuos optimismos, piensa el catolicismo que debemos tener una gran confianza en él. Para nuestra Iglesia todo lo humano es digno de respeto y es posible aceptarlo y asimilarlo. Y piensa que la religión debe estar a nuestra altura, y que por eso Dios «condesciende» con el hombre, adoptando en todo lo religioso muchas cosas humanas legítimas, que éste vive y desea.

Pablo VI, en su reciente viaje a la India, lo ha afirmado netamente: «No olvidemos que el cristianismo no está ligado a ninguna civilización, sino que está hecho para expresarse según el genio de cualquier civilización, siempre que sea humana y abierta al espíritu».

UN CATOLICISMO RENOVADO

El Papa Montini ha sido en esto (como en otras muchas cosas) fiel discípulo de su maestro Pío XII, el cual dijo: «La Iglesia no desprecia ni rechaza en bloque el pensamiento pagano, sino que, por el contrario, lo purifica de toda escoria y error, y lo completa y perfecciona con la sabiduría cristiana».

No es nada extraño que, de una manera solemne, el Concilio haya decidido que «la Iglesia recoja los cánticos, música, arte, costumbres y símbolos de los países negros o asiáticos, y redacte una liturgia plenamente acomodada a estas costumbres nativas. Así lo prevé la Constitución conciliar de Liturgia. Yo, en el Vaticano he oído el «tam-tam», cuando se canonizó hace poco a los mártires de Uganda; y espero ver dentro de unos años, no sólo como un buen deseo, sino como una realidad, que haya una teología india o china, con el mismo derecho que hay ahora, con peligrosa exclusividad, una preponderante teología latina. Tiene que verse, con hechos, la legítima libertad «incluso en la elaboración teológica de la verdad revelada», como ha proclamado el Concilio; y ha de verse también más claramente «que en el Oriente y el Occidente se han seguido diversos pasos y métodos... en el conocimiento y exposición de lo divino», que suponen una «legítima diversidad». Ni Santo Tomás es el único teólogo del futuro, ni la escolástica la única teología aceptable, según se ve por lo decidido en el Vaticano II.

En la Iglesia debe haber siempre una perpetua reforma y una evolución hasta en el dogma. ¿No ha sido un dominico español quien ha escrito una profunda obra teológica, mundialmente apreciada, titulada «Evolución homogénea del dogma católico»? Tiene que existir una evolución litúrgica y doctrinal en la Iglesia católica, que sea coherente y respetuosa con la Revelación, pero que no se limite —como querían los protestantes— a seguir literalmente el panorama doctrinal y religioso del primer siglo cristiano, y nada más.

Nuestro lema en religión es: «nada contra la Sagrada Escritura»; cuando el de ellos es mucho más restrictivo: «nada que no esté total y literalmente en la Biblia». Esa es nuestra diferencia fundamental. Nosotros, católicos, seguimos el humanismo del pensador sejar San Justino, el más famoso teólogo de los primeros tiempos cristianos, cuando afirmó: «Todo cuanto se dijo bien, sea quien sea quien lo dijo, de todos es». Y la religión debe aprovecharse de ello, en esa legítima adaptación a las diferentes culturas y civilizaciones humanas.

Por eso el catolicismo recogió muchas costumbres del paganismo romano, y no tuvo inconveniente en adoptarlas —como enseñan los liturgistas— para su oración oficial y sus ritos litúrgicos; y un Santo Tomás hizo el magnífico «tour de force» de cristianizar a Aristóteles, un filósofo que hasta el siglo XIII había sido sumamente sospechoso a los pensadores cristianos, y que todavía en esa época se le creía fuente de errores y herejías. Pero el fraile de Aquino, sabiendo el poder asimilador de la doctrina católica, no se arredró por ello, y asumió su pensamiento.

Lo malo es que a veces caemos en la tentación de «canonizar» el elemento humano que se va apropiando la Iglesia a través de los siglos. Y así de Aristóteles hemos hecho un mito, queriendo a todo trance que lo acepten los orientales (tan contrarios a su pensamiento racionalista), de la misma manera que lo hemos efectuado con el latín y el rito romano en la liturgia, queriendo que lo asimilen quienes nada entienden de sus símbolos, por pertenecer a otra cultura muy distinta. Así, por ejemplo, ocurrió en China, cuyos habitantes no comprendían ni los colores litúrgicos católicos, ni las ceremonias de los difuntos —entre otras muchas cosas— porque sus costumbres y tradiciones eran muy diferentes. Un famoso padre jesuita, el padre Ricci, hace unos siglos así lo entendió; y para evitar esta situación se hizo «mandarín», y aceptó los ritos familiares, que tan arraigados estaban entre los chinos; sin embargo, un trágico malentendido echó al traste con todo el buen deseo de este inteligente misionero, y solamente hace pocos años —cuando ya era demasiado tarde— se aceptó por Roma lo que él propuso. Esos siglos de retraso han producido un clima de incomprensión, que ha conducido en buena parte a la dramática separación actual del episcopado chino de la obediencia de Roma; como en el siglo XI ocurrió con Constantinopla y el Oriente cristiano.

TODO lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo lo que puede haber de bueno en la virtud y en la alabanza humana, tenlo por digno de consideración, nos decía San Pablo. ¿Por qué? «Porque toda criatura de Dios es buena».

No sólo los hombres, sino toda la vida. El católico sabe apreciar todas las cosas en su verdadero valor, y usarlas con agrado; en una palabra, es norma suya la alegría de la vida.

Chesterton, el famoso pensador católico convertido del protestantismo, ha sido quien, en sus innumerables ensayos y novelas, mejor ha sabido presentar esta faceta de nuestra religión. El lema del catolicismo creía él que era «ser tan perfectamente puro, que se pueda llegar a ser un jugador del universo, y de las estrellas; y ser tan bueno que en todas las cosas encontremos algo con que divertirnos». San Francisco de Asís fue el santo que nos enseñó este desprendimiento de las riquezas humanas, no por odio hacia ellas, sino para conseguir apreciar mejor en su verdadero valor las riquezas naturales, como el agua, el sol, el aire, la música y los árboles. Eso que hemos dejado de disfrutar los «sofisticados» hombres y mujeres de 1965.

Para el historiador católico Belloc, compañero y amigo de Chesterton, los ingleses, al olvidar la alegría del catolicismo, cayeron en el puritanismo protestante, con su falta de sensibilidad para el sano buen humor. Olvidaron no sólo que «no se puede ser serio durante trescientos años», sino lo que dijo el gran Santo católico, víctima del Rey Enrique VIII (que fue el iniciador de la Reforma en Inglaterra): «El diablo, que es el espíritu de orgullo, lo que menos soporta son las bromas».

El gran fundador del monacato occidental, San Benito, puso en sus reglas la obligación de beber siempre los monjes un poco de vino. Ni siquiera los que se apartan del mundo deben despreciar en el catolicismo las cosas creadas, sino servirse alegremente de ellas.

La Iglesia católica, dicen los católicos norteamericanos, es un *quita-proscripciones*: «Hacerse católico es el mejor medio de asegurarse contra los quebraderos de cabeza».

«El humor es apostolado y corrección fraterna», decía una revista católica francesa hace años.

Nosotros los católicos no tenemos inconveniente en escribir un libro de caricaturas de monjes, en el que se critique la vida cotidiana de los frailes, como el que publicó hace pocos años la editorial católica inglesa. Sheed and Ward, escrito por un autor también católico, que se puso como seudónimo «El hermano Colérico». «La cualidad del buen humor —dice otra publicación católica americana— es su catolicidad».

En la Edad Media, Dante, el mayor poeta católico que ha existido, puso humorísticamente en el infierno a tres Papas; y no deja de pertenecer al humor un poco macabro (hoy se llamaría *humor negro*) que en los coros de las catedrales solía figurar casi siempre entre los condenados algún obispo. Lo mismo que solían hacer los predicadores en sus sermones: San Antonio de Padua fue llamado el año 1225 a predicar en el Concilio de Bourges; y estando reunidos los obispos, abades, priores y altas personalidades civiles y militares, empezó a criticar el lujo y autoritarismo de los prelados católicos. Todos escuchaban beatíficamente las críticas acerbas del fraile, hasta que de repente la tensión se hizo grande (según cuenta el historiador católico J. Soulairou) porque al dirigirse San Antonio al arzobispo Simón de Sully, que presidía, le dijo: «Es a ti a quien me dirijo, a ti que llevas la mitra».

El sermón terminó acercándose con toda tranquilidad y naturalidad el Santo al prelado para besarle los pies, como acto de homenaje; y el arzobispo se levantó y, abrazando al fraile Antonio, le prometió delante de todos reformar sus excesos. Así, con esta «bonhomie» procedía la «etenebrasa» Edad Media.

El católico tiene la autoridad de la Iglesia, su magisterio y su gobierno vivo, para saber dirigirse hacia el cielo. Y eso le da la mayor tranquilidad. No es lo que dijeron los Papas del siglo XIX lo que hoy nos dirige, como piensan equivocadamente algunos católicos integristas, sino lo que dicen Pablo VI y el Concilio Vaticano II. Y no debemos complicarnos la vida inútilmente con expresiones que hoy no tienen otra correcta interpretación que la que de nuestro Papa actual.

Como dice el obispo de la televisión americana, Fulton Sheen, «lo que busca el hombre de hoy es el absoluto; en una palabra, una Iglesia infalible»; el hombre moderno, con sus tareas profesionales absorbentes, con su agobio por la prisa, mal de nuestra época, necesita —como señala un escritor católico norteamericano— una Iglesia «que tiene los recursos necesarios para darnos un conocimiento justo de la voluntad de Dios», porque «después de 19 siglos de ayudar al pueblo, la Iglesia católica conoce muy bien la diferencia entre lo recto y lo erróneo».

Sin embargo, existe también un peligro muy real en el catolicismo, y es el *conformismo*; aunque ninguna religión como ésta, por su constitución misma, humana y divina al mismo tiempo, tenga mayor capacidad de reforma. Pero su máxima fuerza puede ser su mayor debilidad, o por la comodidad de los que obedecen, o por el autoritarismo de los que mandan.

No obstante, nadie es más libre que el católico, respecto a los superiores eclesiásticos. Por tres razones, defendidas por Santo Tomás, que representa la más genuina tradición religiosa occidental: 1.º porque ningún católico puede obedecer, si antes no mira si el que manda puede exigirle lo mandado; 2.º que nuestra mente queda libre, en general, para disentir intelectualmente del superior, porque el propio Santo Tomás «no conoce la obediencia de entendimiento» (teólogo A. Adam), como tampoco la conoció San Benito, el fundador de la Orden de su nombre; 3.º que en caso de conflicto con la autoridad «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres», y la conciencia, en último extremo, es siempre la voz de Dios aun para el que esté en el error, siempre que sea de buena fe.

A este sabroso tema de la autoridad de la Iglesia, prometo dedicar otro artículo, pues es asunto de gran importancia.

Hoy quede sentado, como resumen de todo lo dicho, lo que afirmó de nuestra Iglesia el Sinodo de la Iglesia Reformada de Holanda: «En el sistema romano, el hombre natural tiene el lugar que le es propio, al lado de la gracia sobrenatural». Eso es lo que he querido hacer ver, como característica fundamental de nuestra religión católica, con sus aciertos y sus defectos: esa universalidad de fondo, que no es sólo geográfica, sino mucho más profunda, porque es la aceptación total del hombre creado.